Hitos, piedras del camino

Jorge Nájar



HITOS. PIEDRAS DEL CAMINO   JORGE NÁJAR

Jorge Nájar

Hitos, piedras del camino



Colección
Lima Lee




JORGE
NÁJAR

Jorge Nájar

(Pucallpa, Perú, 1946)

Transcurrió su infancia y adolescencia en diferentes ciudades de la Amazonía. En 1964 entró en contacto con la vanguardia literaria peruana y el movimiento Hora Zero. En 1973 publicó su primer poemario, *Malas maneras*. Ha sido ganador del Premio Copé de Oro en 1984, con su libro *Finibus terrae*. En 2001, con *Canto ciego,* obtuvo el Premio Juan Rulfo de Poesía convocado por Radio Francia Internacional y la Casa de América Latina. Toda su poesía es traducida al francés y publicada en Ediciones Folle Avoine. *Hotel Universo* fue publicado dentro del marco del IV FIP Primavera Poética, Lima, 2016. Como traductor de poesía, Jorge Nájar ha organizado una antología de *Poesía Contemporánea de Expresión Francesa* (Pontificia Universidad Católica del Perú, El Manantial Oculto, Lima, 2003). En 2019, en Sinco editores publicó la novela *César Vallejo, la vida bárbara*. Actualmente, reside en París.

Hitos, piedras del camino

Municipalidad de Lima

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Concepto de portada:
Melissa Pérez

Diseño y diagramación:
Leonardo Enrique Collas Alegría

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Festival Internacional Primavera Poética

Harold Alva Viale
Presidente de la Organización

Comité Consultivo
Carlos Ernesto García (El Salvador)
Roberto Arizmendi (México)
Omar Aramayo (Perú)
Leopoldo Castilla (Argentina)
Omar Lara (Chile)

Director Cultural
Sixto Sarmiento Chipana

Asesor de comunicaciones
Luis Miguel Cangalaya

Jr. Buenaventura Aguirre 395.
Of.: K. Barranco, Lima.

https:/web.facebook.com/fipperu2019/

Lima, 2020

Esta publicación es un esfuerzo entre la Municipalidad de Lima y Primavera Poéica para las ediciones de la colección del Programa Lima Lee.

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección “Lima Lee”, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa “Lima Lee” de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

HITOS, PIEDRAS DEL CAMINO

En la penumbra

El sonido de unas voces en la alta noche solía despertarme. La anciana, vencida, dormía a mi lado. En la habitación contigua ardían delirios de un paraíso extinto en otro mundo, cuando las correrías para atrapar indios y venderlos aquí por cuatro centavos. La sombra erguida en medio del infierno sudaba y gemía. Hacía ya tanto que lo habían arrancado de su reino, pero jamás el olvido cupo en su alma. Un chasquido. Una minúscula llama. Bamboleándose en la oscuridad, en silencio, encendía una vela y se arrodillaba.

Por la naciente del río de los enemigos
se sube a las tierras de Pachakamaite.
Él es padre. Él es dios. Él lo sabe todo.
Él tiene las llaves del reino,
arcoíris adonde vamos todos al morir.
Pero yo, antes, debo volver
y ser el hombre verdadero que en mí subsiste.
Ayúdame, Señor, a salir de la cueva oscura
donde Oshero, el cangrejo, me ha encerrado.

*

Así oraba el anciano antes de apagar el mechero que velaba la imagen de otro dios.

¿Dónde estás, Paín? ¿Dónde estás, asháninka?

Lejos, muy lejos, surcando el río,
más allá de las palizadas, yendo al reino
de Pachakamaite, el dios, el padre,
allí donde se hunden los arroyos
y los pájaros desvían sus vuelos.
Allí donde canta el viento y el aire es mío.
Hacia los dientes, los huesos, los picos,
los silencios del Cerro de la Sal
que son míos, siempre míos.

*

Toda su vida el viejo asháninka oró a dioses sordos, ciegos e incapaces de comprender el fondo de su única plegaria: recuperar el reino. En la bruma nocturna yo contemplaba aquellas escenas, luego, tembloroso, me dormía abrazado a la abuela para aplacar demonios que ella había aprendido a domesticar en el fondo de sus propios huesos.

Quiero que el susurro de ese anciano exista en mi voz. Quiero que los gritos de sus hijos sublevados por un sitio en el reino donde siempre estuvo la casa, encuentre oídos en la cacofonía del mundo. Quiero creer que memoria y pensamiento vienen de la misma luz. Quiero que esa imagen en la penumbra persista en mi memoria.

Boleto de viaje

No seré el caminante destinado a morir
desplumado en los largos patios del otoño.
No olvidaré jamás el lienzo que pinté
para la mujer que me bordó los pañuelos
que siempre han ido conmigo,
algo así como clavados en el corazón.
Y ella ya no será quien se desviva
al encontrarme cabalgando sobre una estrella perdida
en la que podía descansar o morir sin fin.

Y porque hemos visto un camino plateado
esperándonos al otro lado de la sangre y el odio,
nos ponemos a pintar —entre el azul y la fiebre—
estos boletos de viaje en el lado frontal de la casa,
que nada tiene del paleolítico —si nos excluimos—
en la cavernaria esperanza que los grabados sean
el deseo y la satisfacción del deseo.

Equinoccial

Otra vez volando hacia el centro de la noche,
a ciegas, atado a las malas maneras de vivir
y entrever resplandores por el lado más oscuro.

Vivir en el movimiento constante
y quebrarse de pronto en un viaje
hacia dentro de uno mismo
como quien se hunde enloquecido
en la ceniza.

Llegar a ciudades llenas de sombras
y salir de ellas jurando no regresar.

Partir al amanecer o en el verano
con la lluvia y el viento
viajando a nuestro lado.

Nos íbamos para no volver del infinito fugaz,
del cometa en fuego en que nos derretíamos.
Cargábamos con las sombras
que poblaron nuestra casa,
con su memoria, su patio y su árbol.

Partíamos con la grey incontenible
y nuestros utensilios de viaje:
un maletín de sueños
para continuar incontenibles, caudalosos
por los extraviados senderos del universo.

Arrancábamos para proseguir cansados y agitados,
pero al cabo contentos con tierra en las manos
y un olor a lluvia en el alma, hierba fresca.
Incontenibles, hacia la vida.

Al amanecer estábamos en el centro de la tierra.
A un lado estaba el Padre de las aguas
brotando del corazón del continente.
Y yo, mi cuerpo y sus cenizas,
girando en las profundidades,
atado al deseo de mis congéneres.

Al atardecer pisé la línea invisible y me dormí.
«Quédate. Nueva sangre te sobrevivirá»,
decía una mujer en medio del sueño,
abriendo y cerrando la puerta de una isla.
La imagen permaneció invicta hasta el alba,
y cristalino el río que me habita.

¿Qué hemos hecho de las utopías
que nos lanzaron hacia la turbulenta noche?

Sentir la sumisión de los instintos
en las calles patibularias.
Pisar la frontera de los clanes y desmoronarlos.
Seguir la huella de los viajeros sonámbulos
alejándonos del jardín irremediable.

Y así sobrevivir intactos
en el cometa que nos arrastra,
con toda la casa, y sus sombras,
dentro de nosotros.

Epigramas para distinguir entre la montaña y el sol

1.

¿Pero por qué están llorando los artistas
en el fondo de un bar de Lima?
-La vieja preocupación de ser nuevos
los descorazona y pone trampas en el viaje.

2.

Caminé durante siglos por tierra baldía.
Y ya estoy harto.
-Vuelves al lugar común de las piedras
por las que muchos avanzan,
de espaldas a los héroes y atento
solo a las luces que espejean en la montaña.

3.

Alguien dice: *nos vamos al amanecer*.
-No saben que en las noches de insomnio
vives siempre de regreso,
atando a tu destino cometas extraviadas.
Y ahora va contigo toda una constelación
humeando en la cola de la galaxia.

Yaraví

Polvos cubriendo pasos, sombras, rencores de indios y señoritos sabihondos, entraste a la vida de medio lado, primero la nariz, después los hombros, como los suicidas.

Y ante el ruido de nuestras voces en la picantería comenzaron a apagar las luces, pues ya casi era el alba y poco tiempo quedaba para el sueño.

Iluminados por el tinte ópalo del ron asistimos al alumbramiento del día a los pies del volcán, toda nuestra gloria.

Mientras tú volvías al mundo, al amor y el dolor, un universo demasiado grande para ti.

Y allí donde el viento lame la piedra germinó la idea del poder, dizque para devolverlo a los hombres de estas tierras.

Viejas fotos de familia desperdigadas en un álbum donde ya no estás.

La higuera, el jazmín, la viña, escasos de nitrato, se aferran a las entrañas de la tierra.

Y evocándote cruzamos un mar de lava entonando canciones de soldados.

Al llegar a puerto estábamos dormidos, ojos y boca cerrados en incubado silencio.

Y el alma iluminada, roto el dolor en el colmenar del cerebro.

En el horizonte, el volcán humeaba el oro del recuerdo como esta voz ahora entona melodías de antaño.

Y tú lloras, cantor de yaravíes, ante el pelotón de fusilamiento.

Como esta voz —en la que ebrio estás— porque el mundo ha vuelto a ser hoguera de purificaciones.

En la picantería cruzaremos nuevamente el mar de la noche evocando tus versos entre chicharrones y rocotos rellenos.

Y con la oscuridad de las palabras encalaremos tu vida, patas de roedor remando en el frío.

Dunas

Haber sido sendero por el que, alguna vez,
se aventuraron largas expediciones
a la búsqueda de renovados parajes

haber sido el oxígeno   el aire
para solo ser ahora en la llanura
camino que no sabe a dónde conduce

y después ya ni eso
ni siquiera un atajo   perfume de olvido
olor que se diluye a lo largo
de un descampado planeta
en el que otras huellas hacen sus esguinces
para constatar más tarde
que los vientos de la soledad depositaron
refinados sedimentos en sus hendeduras
y que al final solo queda eso
señora   arenas
vasto desierto en cuyos bordes
no hay más remedio
que quedarse en silencio

Piedra incandescente

Agitarse en la candente oscuridad
con un puñal en las manos hasta clavarlo en el aire.
Y allí escarbando encontrarse con un puñado de
diamantes.

Sea eso el poema
masa incandescente   manjar para nutrir volcanes
Sea eso el arte de iluminar la materia oscura.

Volver a comenzar día y noche.
Y una vez limpios de viejos sedimentos
avanzar por el luminoso desierto hacia el fondo de uno
mismo.

Oh, alma mía, agota toda la extensión de lo posible.

Sentar cabeza

Hace tiempo que recorro caminos oscuros
y me plazco en nutrir las agitaciones de un viejo volcán
con las hojas fosforescentes del árbol sagrado.
Por eso vivo como vivo   a su sombra
Lo nutro con ideogramas indescifrables
A veces me acerco hasta los bordes del cráter
y le echo plumas   carne   huevos de aves
Mas el volcán solo gruñe indiferencia.
En otras ocasiones le doy aves vivas y veloces
Le doy erizos de mar   langostas   bogavantes
Cuando por fin ruge y estalla de gozo o de rabia
le entrego la piel de los dioses.
En el camino de regreso me extravío en los pétalos
en la savia de alguna flor de carretera.
Y cuando llega la hora del descanso navega en el aire
un aroma embriagador tanto que a veces sueño
con sentar cabeza y sofrenar al caballo.
Cuando llega la luna vuelvo a las andadas.
Por eso vivo como vivo   solo por eso
Por eso callo durante los temblores.

La eternidad

La siesta en el banco de la plaza
a la sombra de un árbol / Sea la eternidad
soñar mientras cantan los pájaros.

Soñar el ala verde del viejo torreón,
donde lagartijas y moscas también sueñan
en la luz de la tarde.

Los rapaces en las sombras
afilan sus picos y cantan.
Todo lo engendrado nace y muere.

Mas ningún asombro me provoca
la sabiduría de los plumíferos.
La vida es corta / No viviremos siempre

Arde una piedra negra en mis manos.

Oh, sabios / Oh, poetas

Toda la tarde para escuchar y aprender
el lenguaje del mar   el secreto de la existencia
Saber olvidar   Aprender a gozar
Volver a aprender
las construcciones del pensamiento
cuando aquí solo importan las ilusiones

Oh, sabios   oh, poetas
dormidos en los mosaicos
de las viejas mansiones
Dormidos en la abstracción
Hay que salir de los callejones oscuros
e iluminar los corazones amortiguados.

No viviremos siempre pregonando porvenires.
No viviremos siempre escuchando los latidos
de nuestros cuerpos a la búsqueda del canto nuevo.
Arderán las piedras de nuestra consistencia.
Y en ese núcleo nosotros mismos.

En los puentes del océano

Caminante donde te halles está el centro
en este mundo repleto de amores extraviados
Así susurran las sombras en la basílica
a cuya luz me recojo y oigo / Pon uranio
Pon un puñado de diamantes junto a los días
Y no olvides la palabra coronada de estrellas
Más allá de nuestra propia existencia
el centro siempre está visible / invisible
allí donde engendras la teoría que unifica
Y la idea que nos funde en el cosmos
¿Quién soy yo para negar esa posibilidad?
Más allá de nuestra propia existencia brilla el amor
Contigo en el crepúsculo / Contigo en el azul
Caminante / Si puedes encender una antorcha
No llores en la oscuridad
El mundo en su rodar avanza hacia un punto ciego
mientras en la mezquita rezo por los afligidos
oigo los silbidos y el canto de la noche
Así vivo inmune en los puentes del océano
Con una vara de plata / la zampoña / y mi canto
alucinando siempre alucinando

Decapitado

La cabeza del decapitado por brujo y mentiroso
luce en la piedra del capitel del pórtico del norte.
Sus párpados cosidos de espinas todavía conservan
esa luz de fondo en su mirada antes del golpe final.

Desde su pestífera eternidad sé que me está mirando
a pesar de su cabeza desprendida
por sórdido y calumniante.

Sé que me oyes sinvergüenza.
Gastavidas.

No era verdad que las hijas del señor
te chuparan el ombligo antes del beso.

Dilo fuerte y claro como el agua de las quebradas.

Tampoco era verdad que esas bellas
fuesen hijas de ese gordo glotón.

Lo sabes tú tanto como yo
en la cegadora luz de la verdad.

Sobrevivir

Este es el secreto más profundo
que todos ocultamos llenos de vergüenza.

Arde el aire por doquier / Arden el mar y la tierra
y ya ni hablar de las cavernas,
donde bulle la desintegración de los átomos.

Pero la consigna es sobrevivir como sea,
en cualquier rincón de la barbarie.
No viviremos siempre ardiendo de placer.

Sentado en una ladera

Me voy entre el azul y el ocre,
recogiendo diamantes y aerolitos.
Buscando la senda de ya no sé.
¡Qué combates!, ¡qué desafíos!

Regreso convertido en humo   en aullido
Me detengo y pienso sentado en una ladera.
Oigo las voces del mar   piedras de la noche.
Las melodías del África   El pensamiento del Asia
Sin nada   envuelto de rayos y relámpagos,
dispuesto a sentar las bases de otro reino,
me trunco en medio de corrientes sin destino.

En este mundo difuso he levantado mi casa.
No pago impuestos ni cobro gabelas.
Vivo solamente.

Ofrenda

Eso que ahí ves en la campana de arcilla, sobre el manto blanco de la mesa —salmonetes tiernos y morenas recién cogidas, hojas de laurel en el sudor de tomates, calabacines y pimientos—, nos ha costado siglos darle forma.

Pero cógelo, es tuyo ahora, como el oro desgranado de estas tierras.

Y ponte frente al mar para gozar de estas delicias.

Allí los dioses siguen sumidos en viejas guerras, matándose entre ellos, ocultos en los requiebres del paisaje.

—Sí. El dios que te abrió los caminos hasta la gloria de esta cocina.

—Atenea, la que me inspiró este banquete.

Señor, en la nave que te lleva, no sabes a dónde, no sabes a qué.

Todopoderoso ante los sabores que ahora te ofrendamos.

Árbol del oro

A la sombra del Árbol del Oro los dioses duermen
tramando sueños debajo de una oscura piel,
tejiendo los hilos de una memoria secular.
A su sombra sus hijos crecen en pos del lujo.
A su sombra, el vellón de finas hojas.
Y ahí mismo yo vivo de noche en una madriguera.
Escondo palabras extrañas en la oscuridad.
Dibujo flores en el vacío. Observo los astros.
Un diluvio de flechas hacia mi oscuro destino.
Y no me conformo sino cuando el tiempo
es arrancado de su inmovilidad. Y todo arde.
Los dioses, sus hijos y el árbol.
Todo se esfuma en el polvo del camino.

Piedra angular

Imaginar el dardo en la fugacidad del instante
Tallarlo en la piedra y en el metal de la guerra
En la más intensa oscuridad
meter las manos en el fango de la historia
hundirse con ella hasta quién sabe cuánto
hasta quién sabe dónde
Y en sus rincones purulentos
encontrarse con lo indescriptible
en el dolor y en el goce
Salir a flote con una flor muy tierna
semejante a quien sale del fondo marino
con un monstruo que nunca ha visto la luz
Un niño perdido en el fondo de nuestras edades
Un dios clavado en el nervio central
Llorar de felicidad por este primer día de la existencia
Concebir el poema en la cruda desolación
Concebirlo en la sangre
Y una vez convertido en lingote de oro
salir gritando de las trincheras
¡Estas son mis flores! ¡Estos mis estandartes!
Yo sé hacia dónde avanzo en lo más crudo del invierno

Skipper

Este es un canto hecho con materiales
de un mundo en vías de extinción.

He abandonado segmentos de mi vida
allí donde ardía la ilusión de un mundo nuevo.
Quien quiera llegar a ese punto debe cruzar siete mares
y ya no sé cuántos cabos de amargura.

Pero a fuerza de amar uno cae y se levanta.

A lo largo del viaje he soñado con otros mundos,
pero ya estoy harto de esas extravagancias.
Ahora mismo salgo a buscar lo que es real y
permanente:
El ron de las viejas barricas de roble.

Estoy seguro que en esas aguas otra vez ganará
la vibración que salva el mundo.

La poesía como un diamante oscuro.

Herencia

Desde el corazón de la bruma remito
estas piedras pintadas para que me vean
bailando en medio de la barbarie.
Es mi ofrenda a la verdad.
En estos dibujos de mi existencia,
verás hasta qué punto es diabólico
el binomio de verdad y belleza.
¿Qué tienen de bello estas imágenes
donde los pájaros cantan entre las nubes radiactivas?
¿Qué tienen de bello los hombres enmascarados
antes de hundirse en sus máquinas salvajes?

En la tierra de los acantilados del norte
lucen inmensos cilindros y torres sin nombre.
No hay bosque en las cercanías,
solo pájaros silbando maldiciones
en las redes de alta tensión.
Entre esos cantos pasan nubes radiactivas.
Y en mi mano el otoño estruja las raíces del camino.
Esta es la herencia que dejamos.
Estas son las sombras de nosotros mismos,
Señora del Silencio.

Irradiación

Quemarlo todo con un escupitajo en el aire.
Quemarlo todo con la palabra garabateada.
Algún día lo conseguiré   Seguro que algún día
Y después reventar como un planeta en el cosmos.
Y lo que expulse ese cuerpo
no será más que radiación ionizante
una ola negra   tal vez luz   tal vez calor
Tal vez una masa compacta de hielo transparente.
Nadie sabe   pero será imposible respirar
el aire   el agua
la superficie de nuestra existencia.
Todo quedará contaminado por ese garabato en el aire.
Y nada ni nadie podrá vivir sin recordar
que yo llevaba en mi lengua un explosivo
capaz de causar esos efectos.
Quemar con la palabra
la corruptela   el código que los protege
Mi corazón roto   La camisa rota
Los calcetines y los zapatos que ajusto
antes de ir a comprar el pan,
la leche y el pescado de cada día.

Sé que tarde o temprano eso ocurrirá.
Así gritaba yo por los puertos en los años feroces.
No era una esperanza   Más bien una pesadilla
Quemar con la palabra el código que los protege.
Quemar los huevos de la serpiente.
Quemarlo todo.
Y largarse hacia el interior de las estrellas.

Quedan las islas

Quedan las islas donde el amor ya fue
las barcas   los pescadores negros de sudor
Las grandes rocas en la playa
y todos los veleros que en el aire arden.

Quedan los mares de todas las promesas.
Los estremecidos peces azules y blancos.
Nuestras contenidas y fulgurantes miradas.

Cuando termine de evocarlos empezará a llover.

Viajo con todos los que he sido.
Con todos los cuadrúpedos que todavía soy
y también los pulpos que ya nunca más seré.

Cuando alguno de ellos hablaba salían
de su boca mártires   batallas   colores
Sonidos y planetas   La mierda y los lamentos

Las alucinaciones consuelan, pero no lo suficiente.
Quedan las islas a las que alguna vez he de llegar.

Desde el corazón de la bruma remito
estas piedras pintadas para que me vean
bailando en medio la barbarie
Es mi ofrenda a la verdad
En estos dibujos de mi existencia
verás hasta qué punto es diabólico
el binomio de verdad y belleza



Colección
Lima Lee

